A GERARDO DIEGO

Te escribo desde Santander, que incorporaste a la poesía caudal cuando eras un muchacho y fundabas, junto a tus compañeros de la gloriosa generación del 31—sobre los cimientos de Rubén, Unamuno, Juan Ramón y Machado—, lo que se llama hoy el nuevo siglo de oro.

Tú, pastor de bulevares, habías liberado a las alondras que gimieran entre los muros de las bodegas anegadas—por qué mano encerradas allí, ¿quién lo sabe?—y las dejaste que se fueran a volar y cantar por los cielos de la montaña en roca pura, por las cimas agrestes, hacia las dilatadas llanuras del trigo y la esperanza, en bandada transmigradora, rumbo a las encontradizas palomas que venían del Sur.

No idealizo. Ni quisiera soñar. En un momento fué preciso que surcasen el aire las aves de un paraíso desde antaño aherrojado, los poemas ligeros, anuncios de la libertad creadora que surgían de un grave fondo humano, como las nubecillas, exhaladas de los senos de un mar, que van creciendo hacia fecundos nubarrones.

Con qué dolor contemplo yo nuestra ciudad, que ha cambiado tanto, después de haber ardido. Mas no han cambiado el mar, sus playas, la indecible bahía: lo perenne; que no has cambiado tú tampoco y eres joven por siempre: porque tu poesía es de esas playas también y de esos cielos—¿pura, impura?—, como la sal y los celajes. Y a esa luz, a esos relieves rutilantes o foscos, a ese circo de montes ondulados que rielan allá—tu poesía o la tierra—, les debemos nosotros, los más jóvenes, un sentido de la verdad que la ciudad montada con presura, mentida, simulada, jamás nos hubiera dado.

Porque, tomándote otra vez como pastor, te vería con tu caña delgada, silbando el cristalino *do-si bemol-la-la-la-la-la,* bajo las golondrinas que iban doblando y desdoblando esquinas. Y te vería, enhiesto surtidor de sombra, en pie, llevando un gran rebaño, lumbre abajo, cayendo ya la tarde, a los valles umbrosos. Y te vería, las naves por el mar, tú por el sueño, contando las estrellas eternas, estremecido y estremecedor. Y te vería, en fin, y te vería, humano padre de poetas, por el guadiana de sangre arrebatar y refluir salvado—¡insultado Gerardo!—, para dar testimonio de las alondras y de las palomas, como los navegantes, al retorno, de increíbles Floridas.

Después, la joven poesía, que no fué más humana que la tuya porque naciera tinta en sangre, se alimentó de ti, como de todos tus hermanos, que significas, y nadie en esta hora puede negar esa evidencia: que nos legaste la canción.

Gerardo: He dicho poco y acaso muy oscuro en tu homenaje. Otros poetas, nobles, minerales, y que también te reconocen, magistral, en el origen de su grito y exigencias, construirán lo capital del monumento. Deja que este jilguero revolotee por él, como una llama.

FRAY CASTO DEL NIÑO JESÚS